

LA DISCUSION

Roberto Mares

—¿Qué opina usted de la pluralidad de los mundos habitados? . . . masculló entre dientes Pedro, al tiempo que se mordisqueaba nerviosamente las uñas y recorría la pequeña estancia con una mirada revoloteante que saltaba de un lado a otro sin posarse permanentemente en objeto alguno.

Joaquín sintióse profundamente conurbado por la responsabilidad que implicaba el responder a una pregunta de tal naturaleza y que su amigo le había disparado sin previo aviso, despiadadamente. Sin poder contener un temblorcillo que recorría su cuerpo súbitamente tenso por la fuerte impresión recibida, se arrellanó en su butaca produciendo leves ruidos guturales tendientes a romper el silencio angustioso que había dejado tras de sí la pregunta y restablecer la calma interna propiciatoria a la afloración de las ideas. Rebuscó y arañó en su interior las palabras adecuadas para iniciar su alocución. . . Palabras duras y profundas: científicas; pero tiernas y evocativas, que reflejaran su inconmensurable sapiencia con respecto a tan importante tema y a la vez hicieran soñar. . . por mundos y más mundos pululantes de criaturas multiformes y provistas de los más variados e increíbles mecanismos vitales. Definiciones exactas, pero dúctiles, que se amolden a universos exuberantes y polícromos y definitivamente no-euclidianos. Pero todo matizado con algunas imágenes poéticas, profundas y musicales, que expresen la belleza inefable de las regiones extrate-

restres y exciten la mente para llevarla más allá de su realidad coti. . . Levantó satisfecho la cabeza, ya dispuesto a iniciar su discurso, pero las palabras se le ahogaron en la garganta al observar la actitud de su amigo que lo miraba con un aire de absoluta inocencia, sumido en un cierto estado de placidez receptiva; como un gran Buda de ojos bondadosos que está ahí sin estar: mudo, gordo y esponjoso; esperando el momento para dar el zarpa-zo y llevarse un gran trozo de sabiduría, gratuitamente y sin molestias. Esto lo irritó sobremanera y un espasmo de furia se posesionó de su organismo, evidenciándose en una gran rigidez mandibular y un ruidoso resoplido que hinchaba, como pequeños globos, sus lóbulos nasales. Mirando con fijeza el rostro de su interlocutor, que continuaba observándolo impasible, se inclinó sobre la mesita que los separaba y con voz descompuesta que parecía salida de una tumba, replicó:

— Y usted, ¿qué opina usted? . . .

Pedro sintióse grandemente azorado por el extraño giro que habían tomado las cosas y se incorporó con un crujir de resortes distensos y articulaciones de huesos cloqueantes que, en el silencio de la noche, creaban una atmósfera grotesca y a la vez macabra: como de esqueletos bailarines. Pedro dio unos pasos en torno al sillón vacío, y al ir recuperando los huesos su primigenia lubricidad, volvió a reinar el silencio. Se paseó unos momen-

tos por la habitación con las manos juntas en la espalda y un aire displicente y meditativo. Al decidirse a hablar se volvió hacia su compañero y vio con sorpresa que éste se había acurrucado a la manera de un gato en el asiento de la poltrona y dormía profundamente. Tomólo por las solapas y zarandeólo profusamente hasta lograr desovillar y restablecerlo a su posición original. Joaquín lo miró ojisoñoliento al tiempo que inclinaba hacia atrás la cabeza y lanzaba un bostezo tan enorme que por la abertura de su boca se podían observar claramente las conexiones y rugosidades traqueales. Pedro se acercó a la obturación y miró detenidamente hacia aquel mundo interior compuesto de multitud de cavidades húmedas y cartilaginosas que se comunicaban las unas con las otras para formar una intrincada red. Se acercó aún más, hasta que su vista se perdió en una espesa oscuridad que sólo se rompía, allá muy en el fondo, por una lucecita parpadeante que provenía, sin duda alguna, del agujero del culo. Joaquín, entonces, cerró bruscamente la boca con estrépito de dientes y alcanzó a soplar fuertemente en el ojo inquisitivo de su entrañable amigo.

Pedro se reacomodó en su asiento fro-tándose el ojo afectado y abriendo desmesuradamente el bueno a fin de compensar la pérdida parcial de la percepción visual y estar alerta, tanto contra las posibles embestidas de su indignado compañero, cuanto contra simples accidentes del orden cosmológico, para cuya detección es preciso el sentido de la vista.

Ya tranquilizado con respecto a las intenciones agresivas de su amigo y perca-tándose de que todo permanecía en su sitio, le fue pasando ese estado taquipsí-quico de alarma que mantenía sus nervios tensos y una gran lasitud se apoderó de todo su cuerpo; en un hondo suspiro se fue desparramando sobre su asiento, como un títere al que se van cortando, uno a uno, los hilos de los que pende. Su figura fue perdiendo la gracilidad de sus contornos y se llenó de protuberancias inar-mónicas, como una gran bolsa repleta de vísceras y huesos. Su cabeza, abandonada a su propio peso, colgaba inerte sobre su

pecho muy por debajo de las picudas astas de sus omóplatos. A la luz débil de la lámpara se podía contemplar sobre el piso la sombra enorme de un buitre sentado.

Joaquín, que hasta entonces había permanecido impasible, frente al nuevo y lastimero estado de su amigo, fue variando su actitud interior: del odio pasó a la indiferencia, y de ahí a la tristeza y a la conmiseración, su mirada se fue dulcificando y su rostro se tornó melancólico y doliente, al tiempo que rodaban de sus ojos gruesas lágrimas.

Al escuchar un gimoteo entrecortado que, indudablemente, provenía de su amigo, Pedro levantó su ojo izquierdo (con gran esfuerzo de dilatación ocular, dada la posición en que se encontraba) y pudo enfocar la desgarradora escena que frente a él se desarrollaba: Joaquín, con la cabeza entre las manos y mesándose fuertemente los cabellos, lloraba abundantemente; la mitad de sus ropas y una gran parte del sillón estaban anegados del salitroso líquido y un hilillo cristalino corría ya sobre el piso, encauzándose y serpenteando por entre las hendiduras de la madera.

Pedro sintióse conmovido frente a aquel espectáculo, pero al bajar su ojo y reconstruirlo en su imaginación se le fue apareciendo grotesco, gracioso con todo y su dramaticidad. Una risilla incontenible le saltó a los labios y comenzó a sacudir por dentro su derrengado cuerpo que al punto recobró su forma primitiva, revitalizándose al contacto eléctrico y explosivo de la risa; levantó la cara y, con los ojos enrojecidos por la risa, miró a su amigo de los ojos enrojecidos por el llanto, y en la rojez de ojos y la risa compartida se estableció una súbita comprensión que no requería ya de las palabras. Sintiendo que estaban superadas todas las discrepancias ideológico-filosóficas y no habiendo más que discutir, se pusieron abrigos y bufandas y salieron a la calle alegremente.

Afuera el sol ilumina ya el espacio y lasavecillas se esconden en el interior de las frondas de los árboles, protegiéndose del agobiante calor.